

## Civilización y Barbarie en la selva amazónica

Herrera, María Montserrat

Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba

### RESUMEN

En *Un viejo que leía novelas de amor*, del chileno Luis Sepúlveda, la selva amazónica omnipresente y omnipotente, es un personaje que se destaca a lo largo de toda la obra con características propias. Sobre la base de su figura, que es eje estructural del relato, se desarrolla una historia particular, la de Antonio José Bolívar Proaño, un hombre ya viejo, con altos valores éticos y ecológicos. Precisamente este personaje junto a los shuar -aborígenes del lugar- encarnan la idea ancestral de que el hombre es sólo un elemento más de la naturaleza. Se funden en ella, la respetan, la veneran. Desde otra perspectiva están los "invasores", quienes corrompen este espacio, lo arrebatan y saquean: el gobierno, los "gringos" que vienen a profanarla en sus expediciones, los buscadores de oro y los colonos. Curiosamente todos ellos llegan desde afuera de la selva, desde pueblos y ciudades que representan la idea de civilización, pero que en el mundo verde personifican la barbarie. En el trabajo, abordaremos comparativamente esta dicotomía invertida de civilización y barbarie, analizando las distintas concepciones respecto de la Naturaleza que simbolizan los personajes.

### ABSTRACT

**PALABRAS CLAVE:** civilización – barbarie - ecocrítica

### 1. Introducción

La presencia de la naturaleza en la Literatura es frecuente desde sus orígenes, ya adversa, ya confidente, ya espectadora de algún hecho relevante. No obstante, sólo desde hace algunas décadas aparece como una denuncia dolida del maltrato que hace el hombre de ella.

Es el caso de *Un viejo que leía novelas de amor*, del contemporáneo chileno Luis Sepúlveda, narración que conjuga las Letras con un fuerte sentido de conciencia ecológica, con lo cual se enmarca dentro de una disciplina relativamente nueva: la Ecocrítica que, en pocas palabras, trata las relaciones que entre el medioambiente o medio físico y la literatura se establecen. En esta obra, los conceptos de civilización y barbarie resurgen renovados.

Desde Sarmiento, hablar de civilización y barbarie remite a dos modos de vida, dos idiosincrasias, dos espacios geográficos prácticamente opuestos. La ciudad, lo nuevo, el progreso material y tecnológico: la civilización. El campo, lo viejo, las tradiciones: la barbarie. En *Un viejo que leía novelas de amor* ambos conceptos subvierten sus significados: la selva, el protagonista y los nativos con sus secretos milenarios, son aquí la civilización, mientras que la ciudad, los poblados, sus instituciones políticas y los que provienen de ese mundo de "ciudadanos" con sus convicciones, falta de respeto por la naturaleza y codicia, constituyen la barbarie.

## 2. Desarrollo

La acción se ubica en la década de los noventa –dato que sabemos por una referencia a la lectura de un diario por parte del protagonista-, en la selva ecuatoriana, donde vive Antonio José Bolívar Proaño, quien de joven llegó al poblado selvático de “El Idilio” junto a su mujer. Allí deciden probar suerte, la cual les es adversa. Luego de experimentar la impotencia de no poder dominar la naturaleza para sus necesidades básicas (vivienda, sustento), llegan a sus vidas los shuar, nativos amazónicos que les enseñan “el arte de convivir con la selva” (Sepúlveda, 1989, p. 43).

Al cabo de dos años, muere la esposa de Antonio José y éste se va a vivir entre los aborígenes, donde continúa su aprendizaje de los secretos del mundo verde. Sin embargo, un hecho infortunado –la muerte de un amigo shuar-, determina el regreso definitivo de Antonio José a El Idilio. Con el correr del tiempo, se convierte en un hombre ya cansado de sus años, cuyo único deleite lo constituye la lectura de novelas de amor. Cierta día, su apacible vida, se ve alterada por un hecho que conmueve a todos los colonos del poblado: un gringo (extranjero) aparece muerto y la responsable es una tigrilla, que recorre enloquecida la selva buscando vengar la muerte de sus cachorros en manos de los hombres. Como el protagonista es quien mejor conoce el lugar y sus bestias, pues tuvo de maestros a los shuar, es convocado por el corrupto alcalde del pueblo, apodado la “Babosa”, para integrar una expedición destinada a matar a la tigrilla. Pero para Antonio José esta cacería no es grata, no equivale a un trofeo, sino que es una afrenta a la Madre Naturaleza de la cual él se siente parte, al igual que los nativos. Lo que para otros hubiera sido una tarea digna de un héroe, para el viejo es sólo el fiel reflejo de la decadencia humana, que en la novela está dada por la irreverencia y el desprecio de quienes representan el gobierno, los “gringos”, los buscadores de oro y los colonos que vienen a profanar la selva

Flaca y todo, era un animal soberbio, hermoso, una obra maestra de gallardía imposible de reproducir ni con el pensamiento.

El viejo la acarició (...) y lloró avergonzado, sintiéndose indigno, envilecido, en ningún caso vencedor de esa batalla.

Enseguida arrojó con furia la escopeta y la vio hundirse sin gloria. Bestia de metal indeseada por todas las criaturas.

Antonio José Bolívar Proaño se quitó la dentadura postiza, la guardó envuelta en el pañuelo y, sin dejar de maldecir al gringo inaugurador de la tragedia, al alcalde, a los buscadores de oro, a todos los que emputecían la virginidad de su amazonía, cortó de un machetazo una gruesa rama, y apoyado en ella se echó a andar en pos de El Idilio, de su choza, y de sus novelas que hablaban del amor con palabras tan hermosas que a veces le hacían olvidar la barbarie humana. (pp. 136-137)

Veremos a continuación cómo se construyen en la obra las ideas de Civilización y Barbarie, desde una perspectiva ecológica y antitética.

### 2.1. La Civilización

Civilizados son en la novela quienes viven en armoniosa comunión con la selva, vale decir, el viejo Antonio José y los shuar. Estos participan de ese *oikos* como un eslabón más en su devenir cotidiano. Entienden que el ecosistema selvático tiene sus propias reglas que es necesario cumplir para poder subsistir como parte integrante del mismo.

Allí la vida requiere de dos ideas básicas: respetar la biodiversidad sin interferir en su normal desarrollo y dar espacio a la naturaleza para que pueda regenerarse una vez que se ha hecho uso excesivo de sus beneficios.

La civilización-selva en la novela se presenta como el estado ideal para la supervivencia humana, sin maldad, con amor y fraternidad. El mundo verde es un paraíso terrestre, una nueva Arcadia en la que el hombre no necesita de las máquinas, del dinero, de las leyes, de los gobiernos ni de sus representantes para ser libre y feliz. Una especie de anarquía –idea que aparece varias veces a lo largo del relato- es la solución a todos los males de la humanidad. Refiriéndose a la vida de Antonio José entre los shuar, es más que explícita la narración:

Con ellos abandonó sus pudores de campesino católico.

Andaba semidesnudo y evitaba el contacto con los nuevos colonos que lo miraban como a un demente.

Antonio José Bolívar Proaño nunca pensó en la palabra libertad, y la disfrutaba a su antojo en la selva (...) Comía en cuanto sentía hambre. Seleccionaba los frutos más sabrosos, rechazaba ciertos peces por parecerles lentos, rastreaba un animal de monte y al tenerlo a tiro de cerbatana su apetito cambiaba de opinión. (p. 44- 45)

Se gesta aquí la idea de desarrollo sostenible: el mundo verde provee al hombre de todo aquello cuanto necesita, siempre que no comprometa los recursos naturales y les dé lugar a su recuperación. Por ello se menciona en el relato que los shuar cada tres años abandonan su asentamiento para buscar otro, y así pueda recuperarse el ecosistema del lugar.

El protagonista es un nuevo Adán que disfruta del Paraíso a su gusto. Junto a los nativos vive el presente, una vida plena, simple y feliz. Incluso en ese eterno “Carpe Diem” en el que pasan sus días, la noción de trabajo aparece condenada:

(Shuar): - ¿Y qué comen, entonces?

(Antonio José): - Lo que se puede. Papas, maíz. A veces un puerco o una gallina, para las fiestas. O un cuy en los días de mercado.

(Shuar): - ¿Y qué hacen, si no cazan?

(Antonio José): - Trabajar. Desde que sale el sol hasta que se oculta.

(Shuar): -¿Qué tontos!, ¿qué tontos! – sentenciaban los shuar. (p. 46)

Como en toda visión idílica de la naturaleza, la idea del amor también lo es. En ese ámbito las relaciones amorosas son libres, sin ataduras ni recriminaciones: “Era el amor puro sin más fin que el amor mismo. Sin posesión y sin celos”. (p. 52) Así describe el narrador los encuentros de Antonio José con las nativas y reconoce que viviendo entre ellos el protagonista “no precisó de las novelas de amor para conocerlo” (p. 51) La vida en la selva se presenta como la felicidad total, un mundo mágico de ritos y secretos cercano al momento mítico del origen de los pueblos. Sin embargo, ese “locus amoenus” se encuentra amenazado, pues “...poderosas lenguas avanzaban desde occidente hurgando en el cuerpo de la selva.” (p. 52) Este hábitat protector, proveedor comienza a ser invadido.

## 2.2 La Barbarie

La línea argumental que la representa aparece con mayor fuerza en el relato. El bárbaro en la novela es quien destruye el ecosistema selvático. Curiosamente se opera un paralelismo con las antiguas invasiones bárbaras al Imperio Romano durante el siglo V, y recobra el término barbarie su significado original, aquel que designa al “ajeno a su cultura” (Moliner 1990). Ya no serán godos, visigodos, suevos, entre otros, quienes penetren en el Imperio de la Selva, sino gringos expedicionarios, colonos, buscadores de oro, representantes del gobierno en busca de votantes. No vienen con catapultas ni primitivas armas de hierro, sino con “enormes máquinas (que) abrían caminos” (p. 52), dinamita, rifles, cámaras fotográficas, promesas de tierras y “de desarrollo maderero y ganadero”. (p. 53)

Todos vienen a depredar la amazonía con diferentes objetivos: trofeos de caza, oro, gemas, votos, tierras. Las imputaciones más vehementes las reciben las autoridades

gubernamentales y los extranjeros, precisamente, los grupos más poderosos. De los primeros sobresalen las acusaciones a la “Babosa”, el alcalde de El Idilio. Es corrupto, ineficiente, cobarde, alcohólico, autoritario: “aquí el Estado soy yo”, se autodefine. (p. 88) Encarna al anti-héroe de la novela

Sudaba, y su otra preocupación consistía en administrar la provisión de cerveza. (...)

Desde el momento de su arribo, siete años atrás, se hizo odiar por todos.

Llegó con la manía de cobrar impuestos por razones incomprensibles.

Pretendió vender permisos de pesca y caza en un territorio ingobernable. (pp. 23-24)

Incluso se potencia su desagradable imagen al describirse como un ser violento con su mujer “Desde alguna fecha imprecisa vivía con una indígena a la que golpeaba salvajemente acusándola de haberle embrujado, y todos esperaban que la mujer lo asesinara.” (p. 24) Pero más desacreditado aparece cuando se opone su figura a la del héroe del relato, Antonio José Bolívar Proaño. No en vano tiene además el protagonista apellido de héroe. El viejo conoce cada pormenor de la selva: sus nativos, las costumbres de todos los animales. La vida allí “templó cada detalle de su cuerpo. Adquirió músculos felinos que con el paso del tiempo se volvieron correosos.” (p. 50) Por oposición, la Babosa “era un individuo obeso que sudaba sin descanso” (p. 23). Hay también una referencia al ex presidente del Ecuador, Abdalá Bucaram, quien aparece como todos los gobernantes en el texto, denigrado, demostrando en este caso que su única preocupación es la capacidad reproductiva de sus oponentes “el honorable Bucaram aseguraba que a otro honorable se le aguan los espermas” (p. 63) La imagen de un gobierno indiferente a los problemas que se suscitan en la selva y en general en el país es recurrente. Las autoridades no intervienen en la defensa de la amazonía, permiten su saqueo y explotación, y por ello es, tal vez, que esté presente en la obra la idea de la anarquía como gobierno ideal, al parecer, con mejores soluciones que el gobierno en curso. Esto lo encarna Rubicundo Loachamín, el dentista que dos veces al año llega a El Idilio a atender a sus habitantes, a los que increpa para que entiendan que la causa de todos sus males la tiene el gobierno: “Ya sé que te duele. ¿Y de quién es la culpa? ¿A ver? ¿Mía? ¡Del Gobierno! Mézetelo bien en la mollera. El Gobierno tiene la culpa de que tengas los dientes podridos.” (p. 14)

Del mismo modo los gringos sólo traen desgracias y muerte, son quienes menos conocen el ecosistema selvático y su daño por lo tanto, es mayor. Es precisamente un gringo el que desencadena la tragedia al matar los cachorros de la tigrilla. Antonio José, militante de los derechos de la selva, sentencia con su sabiduría de viejo y de la vida en la amazonía:

El gringo hijo de puta mató a los cachorros y con toda seguridad hirió al macho (...) La hembra debió salir de cacería para llenarse la panza y amamentarlos durante las primeras semanas de lluvia. Los cachorritos no estaban destetados y el macho se quedó cuidándolos. Así es entre las bestias, y así ha de haberlos sorprendido el gringo. Ahora la hembra anda por ahí enloquecida de dolor. Ahora anda a la caza del hombre. Debió resultarle fácil seguir la huella del gringo. El infeliz colgaba a su espalda el olor a leche que la hembra rastreó. Ya mató a un hombre. Ya conoció el sabor de la sangre humana, y para el pequeño cerebro del bicho todos los hombres somos los asesinos de su camada, todos tenemos el mismo olor para ella (...); Gringo hijo de la gran puta! (...) Cazando fuera de temporada, y especies prohibidas. (pp. 30-31)

Tal como lo predice el protagonista, el animal en busca de venganza da muerte a todos los hombres que se hallan a su paso: el gringo mismo, Napoleón Salinas, buscador de oro, Alkasetzer Miranda, puestero y Plascensio Puñán, buscador de piedras preciosas. Y sólo con la muerte de la tigrilla al final del relato, terminará esta historia.

En otra expedición, un grupo de extranjeros llega a la selva para conocer y fotografiar a los shuar, y precisan la ayuda de un guía. La Babosa propone al viejo, quien rechaza la oferta.

Por cierto, el desconocimiento de ese hábitat por parte de los gringos deviene en desgracia cuando uno de ellos muere atacado por una horda de monos.

Con un claro objetivo de denostar al más puro capitalismo que representa la cultura del gringo, una alusión burlesca a su moneda aparece en el nombre de un personaje “Onecén Salmudio”, un correligionario del viejo Antonio, el cual le comenta a éste que tiene nombre de gringo “Onecén es el nombre de un santo de los gringos. Aparece en sus moneditas y se escribe separado con una letra `te` al final. One cent.” (p. 89)

Los colonos no sólo llegan para devastar la tierra, sino también para traer consigo los males de los blancos: “Con ellos llegaba también el alcohol desprovisto de ritual y, por ende, la degeneración de los más débiles” (p. 53) Este comentario se refiere a los jíbaros “Indígenas rechazados por su propio pueblo, el shuar, por considerarlos envilecidos y degenerados con las costumbres de los (...) blancos” (p. 17) La barbarie llega a la selva para corromper tierra, fauna, flora y sus habitantes. En la voz del narrador reaparece la crítica verde hacia el blanco que irrumpe en la selva “los colonos destrozaban la selva construyendo la obra maestra del hombre civilizado: el desierto” (p. 60). Como vemos, se asocia el concepto de “desierto” como espacio geográfico improductivo, al de barbarie

Cuando el blanco interfiere en el ecosistema amazónico, su accionar resulta nefasto, pues al no ser parte integrante del mismo, no comprende su mecánica perfecta:

Pasada la estación de las lluvias, los shuar les ayudaron a desbrozar laderas de monte, advirtiéndoles que todo eso era en vano.

Pese a las palabras de los indígenas, sembraron las primeras semillas, y no les llevó demasiado tiempo y descubrir que la tierra era débil. Las constantes lluvias la lavaban de tal forma que las plantas no recibían el sustento necesario y morían sin florecer, de debilidad, o devoradas por los insectos. Al llegar la siguiente estación de las lluvias, los campos tan duramente trabajados se deslizaron ladera abajo con el primer aguacero. (p. 43)

Los buscadores de oro, en su codicia desenfrenada, no mensuran los daños colaterales que producen en el medioambiente “cinco aventureros (...) para ganar una vía de corriente habían volado con dinamita el dique de contención donde desovaban los peces.” (p. 54) Al igual que los colonos, los buscadores de oro “cometían toda clase de errores estúpidos en la selva. La depredaban sin consideración, y esto conseguía que algunas bestias se volvieran feroces.” (p. 59)

Los “bárbaros” que atacan la selva lo hacen con un solo propósito: la explotación de sus recursos. De esta explotación indiscriminada resulta el cambio de las costumbres de todos los hijos de la selva. Por ejemplo, el ceder espacio a la naturaleza para que se regenere es común en numerosas culturas aborígenes, entre ellas los shuar, los cuales según el relato “Ya no permanecían los tres años acostumbrados en un mismo lugar, para luego desplazarse y permitir la recuperación de la tierra. Entre estación y estación cargaban con sus chozas y los huesos de sus muertos alejándose de los extraños que aparecían ocupando las riberas del Nangaritzá.” (pp. 52-53) Con la fauna autóctona sucede lo mismo “Las especies sobrevivientes se tornaron más astutas, y, siguiendo el ejemplo de los shuar y otras culturas amazónicas, los animales también se internaron selva adentro, en un éxodo imprescindible hacia el oriente.” (p. 60)

### 3. Conclusiones

En síntesis, en la novela la selva es un paraíso verde al que se debe respetar. Entre ella y la tigrilla se opera un paralelismo: ambas son símbolos de fecundidad, femineidad. Son madres

protectoras, generan vida, son fuente de alimento, protegen a sus criaturas y lamentablemente, están en vías de extinción.

Los humanos que se relacionan con este medioambiente lo hacen de dos maneras:

- Son sus defensores acérrimos, se funden en ella, la cuidan, respetan, veneran, conocen y acatan sus reglas, como lo hacen el viejo Antonio José y los nativos shuar. Ellos viven “con” la selva y, en ese ámbito salvaje, representan la civilización, el orden. Se encuentran en absoluta armonía con el mundo verde.
- Son invasores que, de algún modo u otro, buscan provecho de este pulmón verde. Lo corrompen, arrebatan, saquean. Vienen desde afuera, desde las ciudades donde se gesta la idea de explotación del medioambiente. Son los bárbaros, que viven “de” la selva y traen consigo los valores más bajos y amorales de la especie humana: el sentimiento de dominio sobre la naturaleza, la codicia, la soberbia y fundamentalmente la idea de que todos los recursos naturales son productos descartables.

Hacemos nuestras las palabras de Niall Binns “el trastorno ecológico no deja de ser un trastorno lingüístico y literario más profundo. Grandes símbolos aparentemente intemporales (el mar, el río, la lluvia, el aire, el bosque, la tierra) se están contaminando y agotando, como discursos difícilmente renovables, al ritmo de la depredación planetaria.” (1) En otras palabras ¿a qué cantará el poeta si la pureza de los elementos de la naturaleza está mancillada? La ausencia de estos recursos da por resultado en Literatura textos que hacen de la Crítica Verde su esencia. Por supuesto lo óptimo sería que la humanidad recuperara estos recursos, para su disfrute y para que puedan continuar siendo leit motiv de poetas y escritores.

(1) Citado en Ostria González , Mauricio. *Notas sobre ecocrítica y poesía chilena* Atenea nº 502 II Sem. 2010. Versión On-line ISSN 0718-0462

#### **4. Referencias bibliográficas**

Moliner, María . (1990) *Diccionario de uso del español*. Tomo I. Madrid, Gredos, 1990.

Ostria González , Mauricio. *Notas sobre ecocrítica y poesía chilena*.  
Atenea nº 502 II Sem. 2010. Versión On-line ISSN 0718-0462

Sepúlveda, Luis. (1989) *Un viejo que leía novelas de amor*. Barcelona, Tusquets Editores.

